

IV

Ese estado de cosas, si es que semejante desorden habitual puede llamarse estado, sea el que fuere, de cosas, llevaba ya unos cuatro largos años consecutivos de duración, cuando hubo de aparecérseme en aquel cuartito del segundo piso del hotelito de la calle de Nicolet —cuartito que había de ser luego mi gabinete de trabajo, donde dí la última mano al sainete en verso *Los unos y los otros*—, la que había de ser mi esposa.

He hecho su retrato en un libro titulado, de un modo bastante feliz, *Memorias de un viudo*, libro que no tengo aquí, título por lo demás, pura y simplemente, o poco menos, inspirado en la forma, más bien que en el fondo, pues se trata de una sencilla colección de recuercitos nimios, de los que uno de los más pequeños es el de mi mujer; el tiempo no dulcifica nada, sobre todo el rencor, pero todo lo desdibuja y nubla.

Reproduzco ese retrato de memoria, probablemente con alguna modificación más agridulce que en el texto primitivo —cuyo texto, verdaderamente primitivo— está ya un poco alterado en esas *Memorias de un viudo*, pues en su época inicial, en cierto modo virginal, de que se trata, yo no era todavía más que su novio.

He aquí ese todavía boceto... difuminado, donde yo no he podido menos de intercalar, después, algunos versos, que, sin embargo, no me parecen fuera de lugar en esa, en el fondo, penosa evocación de recuerdos más bien tristes, con los que, gracias a la magia de las cosas pasadas, tienen, quizá, más coherencia de lo que a primera vista parecerían.

“Habría de ser pequeña, delgada, con una promesa de engordar. Pelo castaño en una cabecita linda en todas sus partes. Cara muy dulce, paliducha, redondita, un poco entrelarga, sin embargo, con la nariz a lo Roxelana, es decir, regular, con la punta gentilmente respingona. La boca sonreiría, quizá ligeramente sonrosada, más bien que rosa, y rosa más bien que roja, por más que yo ame el rojo en todo, salvo, naturalmente, en la tez de las hembras y en las opiniones políticas de los hombres... ignorantes. La tez precisamente, propendería hacia un mate que por debajo de los ojos se enternecería en un lindo azulado para explayarse discreto y como disimulando un perfume de nuevo orden, infantil y divino, en una flor violácea, del lado de las sienas.

“¡Hablaria a veces poco! Y qué adorable entonces su casi silencio, que permite simpatizar con su respiración apresurada sin más, que atestigua, sin embargo, una querida salud frágil, pe-

ro que la felicidad amplificará, con la palpita-
ción casi imperceptible de las venas azuleantes,
de debajo de los ojos y violáceas del lado de las
sienes, con el extremo casto y tan pronto visto
como no visto de una lengua que de tiempo en
tiempo y rara vez pasa por los labios, con dien-
tes que descubre una sonrisa inocente a tal o
cual madrigal fácil, dientes de alabastro, o más
bien de ópalo, que teñiría de azul su transparen-
cia como extraña en su exquisitez, y otras veces
hablaría con una volubilidad

Casi ceceante un poco

con monadas que no lo son ya a fuerza de tras-
cender a candor real mediante una educación
rayana en lo perfecto y una instrucción feliz-
mente incompleta.

“Pero que callen para mi dicha o hablen para
mi alegría sus ojos.

“Garzos, la pupila que se mueve sin ninguna
astucia, lo juro, y, sin embargo, se diría cuan-
do me mira, siempre un poco de soslayo, por ti-
midez ciertamente; pero sin duda también, pa-
ra observar, inconscientemente, o mejor dicho,
porque con estas vírgenes, ¿qué creer, qué sa-
ber nosotros los libertinos?, sombreados por lar-
gas pestañas, y coronados de cejas bastante tu-
pidas, se unen, cualquiera diría que celosamente.

“Y sus manos, que ya se me olvidaban. Esas
manos que yo sueño besar miles y centenares de

C O N F E S I O N E S

miles de veces, esas manos de venas palpitantes también en la emoción del diálogo, esas manos

Pequeñitas, totalmente bellas.

.....

¡Oh, sus manos, sus manos veneradas!

¡Esas manos, sus manos que yo necesito en las mias, para siempre!

“Alma, corazón, ¿existen? Sí, sin duda o no. ¡Porque con estas vírgenes!...”

“Así divagaba mi imaginación al día siguiente de mi primera entrevista que, después de todo, aquí tienen muy compendiada, a ella y a sus consecuencias inmediatas... y las otras.